

MIS RECUERDOS DE DON CLAUDIO ESTEVA

SALVADOR RODRÍGUEZ BECERRA
Universidad de Sevilla
becerra@us.es

La invitación de los colegas de la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona y del *Arxiu d'Etnografia de Catalunya* a participar en el libro-homenaje al profesor Claudio Esteva Fabregat me produjo una íntima satisfacción. Además de darme la ocasión de recordar tiempos pasados, que de otra suerte no habría hecho, he podido homenajear a una figura que tanto ha aportado al nacimiento y desarrollo de la antropología social o cultural en España, aunque solo sea a través de estos sencillos recuerdos. El doctor Esteva fue una de las personas que más trabajaron por la implantación de esta disciplina en un momento en que España constituía un erial intelectual y contribuyó de esta forma a que yo pudiera desarrollar mi vocación antropológica.

Siempre he trabajado a demanda, como respuesta a peticiones que me han hecho para congresos o jornadas, no por falta de iniciativas, sino porque las peticiones —constantes y tentadoras— han sido superiores a mi capacidad de producción. A esto se ha unido mi dificultad para declinar las propuestas que se me hacían, en un marco como el autonómico, en el

que a los que estábamos dispuestos a participar en aquel ilusionante proyecto nos llovían las peticiones tanto desde el campo universitario como el de otras instituciones oficiales, las asociaciones culturales y los medios de comunicación.

He incluido en este escrito en homenaje a Claudio Esteva Fabregat el tratamiento de *don* con el que siempre nos dirigíamos a él en la Escuela de Estudios Antropológicos de Madrid, después durante el trabajo de campo en el valle de Gistaín de Huesca y posteriormente en las pocas ocasiones en que me encontré con él. Para los estudiantes de mi época, la relación de respeto y admiración que se fraguaba entre profesor y alumno generalmente implicaba el citado tratamiento y se mantenía a lo largo de toda la vida, aunque se alcanzara un nivel académico similar y a pesar de que el término *compañero* o *colega* fuera más exacto en la nueva relación. En este sentido, aún recuerdo la insistencia del profesor José Alcina Franch, a quien considero mi maestro, para que lo llamara Pepe y las dificultades que tenía para hacerlo; distinto fue el caso del profesor Alfredo Jiménez Núñez, a quien conocí cuando yo era estudiante y él ayudante o colaborador, y a quien siempre tuteé. Resulta llamativo el rápido y generalizado uso del tuteo frente al tratamiento de usted que se produjo en España en el último tercio del siglo xx y la extrañeza de no pocos profesores extranjeros cuando nos visitaban y en cuyos países se sigue usando, al menos en los ambientes universitarios, alguna forma especial de distinción. Nuestros estudiantes rompieron con esta práctica y, de camino, abolieron el uso de *doctor*, tan común en la comunidad universitaria, mientras en los países iberoamericanos se sigue utilizando (e incluso se abusa de él).

Antes de continuar quiero hacer una *protestación de la fe*, como era de obligado cumplimiento antaño entre escritores eclesiásticos católicos cuando publicaban un libro que trataba sobre santos o milagros; estos autores, para salvar el precepto canónico sobre la declaración de santidad o el reconocimiento de milagros reservado a la Santa Sede y dar respuesta a la realidad cotidiana que consideraba santos y milagros a personas y sucesos que no habían recibido el plácet de Roma, anteponían a sus escritos un añadido que, sin transgredir el precepto papal, daban cuenta de la consideración popular que recibían ciertas personas y sucesos. En

consecuencia, y siguiendo el símil, nada de lo que aquí exponga lo considero *dogma de fe* e incluso pudiera ser que no hubiese ocurrido. Si algo he aprendido en mi larga vida académica es que la verdad es difícil de establecer y que la memoria, que es selectiva y reconstructiva, nos puede engañar, pues conserva tanto los recuerdos verdaderos como los falsos o inventados, como han puesto de manifiesto las neurociencias. Y como lo que aquí hago no es sino un ejercicio de memoria, los recuerdos tienen la validez que le otorgan los cincuenta años transcurridos desde que se produjeron. Por tanto, no me hago responsable de los olvidos, tergiversaciones, invenciones, inversiones y todas las malas pasadas que la memoria me haya podido jugar al tratar de evocar estos sucesos que se refieren a mis relaciones con el doctor Esteva, especialmente entre el comienzo del año académico 1966-1967, vivido en Madrid, y el mes de julio de 1967 en Gistaín (Huesca), además de algunas otras ocasiones en que coincidimos.

Mi primer contacto con don Claudio tuvo lugar en el edificio del Museo Nacional de Etnología, hoy de Antropología, en el paseo de la Infanta Isabel de Madrid, donde se había establecido la Escuela de Estudios Antropológicos, dependiente del Instituto Iberoamericano de Antropología del Instituto de Cultura Hispánica, posteriormente, el Instituto Iberoamericano de Cooperación y, actualmente, la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo. Don Claudio era una persona amable, pero distante, cumplidor de sus obligaciones, aunque mostraba un exceso de formalismo, y a quien solo en las distancias cortas podía reconocerse su lado más humano y cercano. Profesor no demasiado claro y atractivo en la docencia, quizás debido a su bilingüismo, se hacía difícil seguirlo en sus exposiciones y escritos. Recuerdo aún como bromeábamos sobre la dificultad de comprensión de uno de sus textos más conocidos (precisamente, Esteva, 1965).

La Escuela de Estudios Antropológicos del Instituto de Cultura Hispánica, fundada en 1965 en el Museo Nacional de Etnología, permaneció abierta durante tres cursos académicos y pasaron por ella tres promociones de jóvenes licenciados en carreras diversas como Filosofía, Historia de América, Ciencias Políticas, Sociología, Derecho y, en algún caso, Estudios Eclesiásticos. Los alumnos éramos todos becados del menciona-

do instituto con una dotación que cubría todas nuestras necesidades en Madrid. Entre el reducido grupo de compañeros de clase de aquel curso se encontraban Enrique Luque Baena, que ya entonces era ayudante en la Cátedra de Derecho Político de la Universidad de Granada, que dirigía el doctor Murillo Ferrol, el otro andaluz del grupo, con quien trabé una buena amistad que ha perdurado en el tiempo; Francisco Javier Cuadrat, licenciado en Ciencias Políticas, al igual que Joaquín Puig de la Bella Casa; Diego Núñez, licenciado en Filosofía; Álvaro Chaves, arqueólogo colombiano; José Pazos, jesuita peruano que daba muestras de una superior inteligencia; Carlos de la Fuente; y un cura guineano, cuyo nombre no recuerdo, y que parecía no interesarle demasiado lo que allí se decía o no se enteraba de gran parte. Asistían también, sin ser becarios –creo recordar–, un ingeniero y un perito industrial. El curso fue duro, sobre todo por el número de horas y las muchas lecturas que teníamos que hacer, aunque no había exámenes; entrábamos a las 16 horas y permanecíamos en el centro sin interrupción hasta las 21 horas, salvo para tomar un café en el bar del hotel que lindaba con el museo.

El profesorado estaba formado por expertos en muy diversas materias: antropología cultural y social (aunque el profesor Esteva se negaba a utilizar este último término, según la tradición norteamericana y mexicana), etnohistoria, etnología de América, historia de América prehispanica, demografía, estadística, antropología física, museología y alguna otra disciplina que no recuerdo. El grueso de las asignaturas lo impartían profesores residentes en Madrid y profesores visitantes que, por alguna razón, recalaban en la capital de España. Entre los primeros estaba el propio Esteva, que impartía Etnología de América y Cultura y Personalidad; Carmelo Lisón Tolosana, Antropología Social; Manuel Ballesteros, Historia de América Prehispanica; Alfredo Jiménez Núñez, Etnohistoria; Mario Hernández Sánchez-Barba, Historia de América; Miguel León Portillo impartió un cursillo sobre cultura azteca; Alberto Ruz, sobre la cultura maya; el brasileño Thales de Acevedo, una asignatura cuyo nombre no recuerdo, pero tengo la sensación de que era muy atractiva; Arturo Valls dictaba Antropología Física (apasionante por la novedad); Francisco Rodríguez Adrados, Lingüística; Manuel Alvar, Dialectología y Atlas Lin-

güísticos; y un curioso personaje, de cuyo nombre no me acuerdo, impartía Estadística y se empeñaba en hacernos comprender conceptos como media mediana y durante sus explicaciones, un tanto teatrales, jugaba con su pipa chupándola, cargándola o vaciándola. Pilar Romero de Tejada, que ya trabajaba en el museo, del que luego fue directora, ejercía como profesora en prácticas. Como puede apreciarse, la escuela se había diseñado según el esquema de la antropología norteamericana, en la que se incluían, además de la antropología social o cultural, otras disciplinas como la arqueología y la lingüística, que en la tradición europea no formaban parte de la antropología social, además de las ciencias sociales en calidad de disciplinas auxiliares, como la estadística, la historia o la psicología.

Recuerdo con desazón las clases de Etnología de América que impartía el profesor Esteva, en las que iba desgranando una etnia tras otra, de las muchas que pueblan el continente americano, aunque despertaron mi interés algunas instituciones sociales como el *potlacht* de los indios de la costa pacífica del noroeste americano, que implicaba el derroche de productos naturales y manufacturados, y que algunos comparábamos con la fiesta de las Fallas valencianas; más aún, el matrimonio a prueba, que practicaban otros grupos indígenas, sin que llegáramos a alcanzar que se convertiría con el tiempo en práctica habitual entre los jóvenes occidentales. También resultaban muy distraídas las prácticas museográficas realizadas con materiales del Museo Nacional de Etnología en las que, entre otras cosas, recuerdo la catalogación de las numerosas lanzas y otros objetos de guerra y caza de las etnias fang y bubi (Guinea Ecuatorial), que dirigía y orientaba la conservadora del museo, Pilar Romero de Tejada, con quien entablamos una buena amistad. Resultaban interesantes las clases, que impartía el profesor Lisón, sobre antropología social y en las que, lógicamente, aportaba muchos datos de su intenso trabajo de campo en Galicia. Fue uno de los profesores que más clases impartió, pero el hábito de leer los textos que previamente había preparado las hacía muy fatigosas, pues requerían una completa y permanente atención durante al menos dos horas consecutivas.

Coincidió con don Claudio posteriormente en los congresos iniciales de la disciplina en Sevilla, Segovia y Barcelona, y en algunas otras ocasiones en las que sostuvimos conversaciones de los más diversos temas; recuerdo, entre otros, sobre la alimentación, respecto a la que tenía —así me parecieron entonces— ideas muy curiosas como, por ejemplo, su actitud totalmente contraria al café con leche, mezcla que consideraba explosiva para el estómago y, en general, para la salud. Tampoco era fumador, cuando esta práctica estaba generalizada entre los hombres. Tuvimos ocasión también de hablar del futuro de la disciplina en España, de los avatares de su vida que lo llevaron a emigrar a México, de su militancia anarquista, que tanto nos subyugaba por relacionarla con tiempos de la II República, y que tantas simpatías despertaba —pero que tan pocos resultados dio—, de sus estudios en la Escuela Nacional de Antropología de México, de su interés por el deporte (creo que llegó a ser profesional del fútbol en México) y de mil temas más.

Toda persona tiene aspectos de su personalidad que son difíciles de descubrir si no se viven ciertas experiencias y no se dan las circunstancias que lo faciliten. El profesor Esteva, en el ámbito académico, era una persona seria y algo distante, que no daba ocasión para las confidencias; sin embargo, en el ambiente distendido que se creó durante la estancia en el Pirineo y, concretamente, en las excursiones que realizamos al Parque Nacional de Ordesa en el viejo Land Rover del Parque Móvil del Estado (aquellos vehículos con matrícula PMM) tuve ocasión de conocer a otro don Claudio. Durante la excursión, el profesor estuvo más locuaz de lo habitual e, incluso, llegado un momento, se arrancó por los corridos mexicanos que entonaba con gusto y buena voz. Los estudiantes que lo acompañábamos —yo al menos— no salíamos de nuestro asombro al escuchar una tras otra las canciones más conocidas del corrido mexicano y nos servía de distracción de las muchas curvas de aquellas carreteras pirenaicas de entonces. En aquella excursión, los más jóvenes tuvimos la oportunidad de bañarnos en las frías aguas de los torrentes y ríos que bajaban de las montañas nevadas.

Como consecuencia de nuestro trabajo de campo, aprendí lo penoso que este puede ser en algunos momentos en que no sabes por donde tirar.

Los habitantes de la zona estaban atareados en la recolección de la hierba que guardaban en los diversos pajares que cada familia tenía distribuidos por el entorno, de suerte que el ganado vacuno se desplazaba de uno a otro establo cuando se terminaban los pastos almacenados. Era el verano el tiempo de mayor actividad y los campesinos regresaban a la caída del sol y se retiraban para, al día siguiente, volver a las mismas tareas. El invierno era diferente, según nos contaban, pues la actividad de dar de comer a las vacas la realizaba uno de los miembros de la pareja joven que vivía en la extensa familia; era la época en que, como nos decía el ilustrado padre de familia de los Petris, «nos comemos la sopa boba».

Según el reparto de estudiantes entre las familias del pueblo, a Enrique y a mí nos tocó vivir con la familia de la casa Petris, formada por el padre y la madre de familia, el hijo mayor y su esposa, conocida como la joven Petris. Si no recuerdo mal, un segundo hijo varón menor que el heredero se había establecido en Zaragoza. El sistema de herencia indivisible obligaba al mayor o la mayor, si contraían matrimonio, a permanecer en la casa y a cuidar de los padres, que se mantenían activos mientras sus fuerzas se lo permitían. En nuestro caso, el padre era aficionado a la pesca y a otras tantas actividades que lo mantenían ocupado, aunque su colaboración en las tareas productivas no era necesaria y simplemente las delegaba en los jóvenes. La señora María, que, según creo recordar, llamaba a nuestro profesor «don Claudio», por el contrario, estaba siempre atareada en el huerto, de donde venía cargada de verduras que luego cocinaba y nos servía en el almuerzo y la cena de forma monótona durante el tiempo que duró nuestra estancia en su casa.

Sin duda, la señora María era la persona que más se extrañaba y a la que más intriga le provocaban las reuniones privadas que manteníamos con el profesor Esteva cuando venía a orientarnos respecto al trabajo de campo. En estas reuniones hablábamos sobre la marcha de la práctica y mostrábamos el cuaderno de campo. El profesor Esteva nos propuso —mejor diría, nos mandó— aplicar un largo cuestionario cerrado al que dijimos que sí, pero que no llegamos a terminar porque era muy largo y contenía preguntas que nos parecían de difícil respuesta, si no imposible, para nuestros informantes. La señora María llamaba a esta acción «tomar

la lección», puesto que nos retirábamos con los miembros de la familia a un dormitorio uno a uno y allí permanecíamos un largo rato.

De nuestra estancia de un mes en la casa Petris recuerdo lo mucho que Enrique Luque y yo nos reíamos dado su fino y ácido humor, que me contagiaba; de este contacto tan cercano surgió una buena amistad que se ha mantenido en el tiempo. Hacíamos bromas acerca de las muchas cosas que observábamos o vivíamos. Entre otras, nos preguntábamos cuándo sería la ocasión para abrir el jamón que colgaba en la despensa. Creo que incluso se lo dijimos a la señora María de forma indirecta, pero ella no lo captó o no quiso actuar en consecuencia. Entre las muchas cosas que nos sorprendieron de la cultura de estos valles pirenaicos durante el trabajo de campo, destacó el sistema de familia y herencia¹. Enrique y yo, provenientes de Andalucía, donde la división de la herencia familiar se partía en lotes iguales o aproximados, pues «todos los hijos son iguales», según habíamos oído infinidad de veces, pronto nos dimos cuenta de que el sistema de herencia practicado en la comarca estaba más adaptado ecológicamente, pero exigía mayores sacrificios a los herederos que habían de mantener la casa, cuando ya la agricultura y la ganadería estabulada habían entrado en crisis; dadas estas circunstancias, deducíamos entonces que la herencia se había convertido más en una carga que en un privilegio. Impulsados por el interés en desentrañar este sistema, extraño para nosotros, y para averiguar las reglas de funcionamiento, preguntábamos a varios informantes, pero sobre todo al señor Petris —sin duda, nuestro informante privilegiado— una y otra vez sobre el funcionamiento del sistema, a lo que él respondía con agrado, dado que le gustaba mucho hablar y tenía todo el tiempo para hacerlo y, además, aptitudes para ello.

Al final de nuestra estancia tuvimos ocasión de participar en todos los preparativos de una boda de parientes de la familia que nos albergaba, en la que pudimos comprobar el interés de toda la comunidad con las nuevas parejas, pues eran la garantía de reproducción de la sociedad. Fruto de esta experiencia y posterior análisis, elaboré uno de mis primeros artículos².

1 Este tema lo trataron posteriormente con mayor profundidad nuestros colegas Juan José Pujadas y Josefina Roma Riu.

2 Lo redacté para el I Congreso de Aragón de Antropología y Etnología, organizado por el Museo Provincial de Zaragoza en Tarazona del 6 al 8 de septiembre de 1979 (Rodríguez, 1981).

Creo que a la primera persona que le oí hablar de generaciones con respecto a la antropología española fue al profesor Esteva. A su juicio, la primera generación la formaban él mismo, José Alcina Franch, Camelo Lisón Tolosana y Alfredo Jiménez. También incluía, pues era consciente del prestigio que tenía este sabio, a Julio Caro Baroja, aunque con él no contaba para el entramado que proyectaba construir con el objetivo de instaurar e institucionalizar esta disciplina en España, en especial porque sabía de su personalidad y su actitud frente a la Universidad, ya que se había juramentado no concurrir a oposiciones tras su primer desengaño con la institución. Esta consideración pasaba por alto las aportaciones a la antropología de los profesores universitarios desde finales del siglo XIX y hasta mediados del siglo XX, como las figuras de Antonio Machado y Núñez (1815-1896), Luis de Hoyos Sainz (1868-1951), Manuel Antón y Ferrándiz (1848-1929) y Telesforo de Aranzadi (1860-1945), con respecto a los campos de la antropología física y la etnografía, y de Antonio Machado y Álvarez (1846-1893), sobre el folclore, que sin duda constituyeron el antecedente de esta disciplina en la Universidad española. Estas circunstancias constituían buena prueba de que en este aspecto, como en otros, la institución universitaria no estaba más atrasada que en otros países europeos o americanos. Pero la guerra civil española supuso un parón de más de cuarenta años, del que solo se comenzó a salir al final de la dictadura de Franco. De esta primera generación, de la que ni siquiera se nos hablaba en las clases, quizás porque se desconocía o no se quería nombrar, solo quedaba la figura de Julio Caro Baroja (1914-1995), que gozaba de gran prestigio intelectual dentro y fuera de la Universidad. Caro Baroja puso de manifiesto lo que podría haber sido el natural proceso evolutivo de la antropología en España, que se vio interrumpido por lo que realmente ocurrió: Guerra Civil, exilio, represión e involución, lo que determinó, entre otros factores, el grave atraso de las ciencias sociales en España.

De la segunda generación formamos parte los alumnos que seguimos los estudios en la escuela de Madrid. La mayoría de nosotros hemos seguido la carrera universitaria, aunque no siempre en Antropología, que se institucionalizó inicialmente en las universidades de Madrid, Sevilla

y Barcelona, aunque posteriormente se extendió a otras muchas. La presencia de la antropología en Cataluña creo que fue una obra personal y exclusiva del doctor Esteva que, a partir de su agregaduría de Etnología, primero, y de su cátedra de Antropología Cultural, después, en la Universidad de Barcelona, irradió su magisterio a toda la comunidad autónoma. Pienso que los antropólogos de la primera generación estaban imbuidos en la idea de que estaban haciendo algo valioso, como era introducir la antropología, una de las ciencias sociales más desconocidas y, para algunos, también humanística, en las universidades españolas.

En una España apoyada en mitos históricos, según un relato pseudo-científico de la historia en que las palabras más frecuentes eran *imperio*, *unidad de destino*, *catolicismo*, *patria* y plagado de leyendas basadas en la colonización de América, a cuyos pueblos *les dimos* innumerables *cosas valiosas* (lengua, religión, nuevos municipios) —colonización que se pudo completar gracias a la generosidad de Isabel la Católica, que ofreció sus joyas para el primer viaje de Colón—, la presencia de la antropología impartida por el profesor Alcina en la sección de Historia de América de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla supuso una bocanada de aire fresco en la que algunos encontramos lo que desde niños habíamos intuido, pero que no acertábamos siquiera a darle nombre: la antropología cultural. En los rudimentos de la disciplina se hablaba de sociedades, pueblos y culturas —distintos pero iguales en dignidad y coherencia—, de cambio permanente, de valores compartidos —pero también opuestos—, de adaptación al medio, de lenguas, religiones y sistemas políticos diversos pero funcionales y de otras muchas cosas que, en mi caso, me llevó a concluir y exclamar: «¡Esto es lo que yo buscaba!».

Luego obtuve la beca para estudiar en la citada Escuela de Estudios Antropológicos de Madrid y otra asignación para hacer un máster en el Departamento de Antropología de la Universidad de Pensilvania, donde afiancé mis conocimientos y tomé conciencia de las posibilidades que podía tener en mi propio país.

Durante este período de penetración silenciosa de la antropología cultural en la Universidad española a través de asignaturas que se quedaban vacantes, a veces porque otros no querían coger, muchos de nosotros

tuvimos que soportar el desdén —cuando no el menosprecio— de gran parte del claustro universitario debido a su ignorancia o al positivismo reinante, que consideraba la antropología cultural, que no se apoyaba en viejos documentos u objetos materiales, en mera especulación sobre el presente. Incluso los historiadores contemporáneos rehuían del tiempo actual y se jactaban de no abarcar en sus explicaciones siquiera la Segunda República y, desde luego, obviaban la Guerra Civil, períodos que, sin embargo, resultaban enormemente atractivos para algunos alumnos. Los antropólogos usamos, al menos en el caso de la Universidad de Sevilla, de entre todas nuestras artes, primero la influencia de amigos que forman parte de la jerarquía universitaria y, luego, el prestigio que la sociedad confiere a nuestras publicaciones, del que con frecuencia se hace eco la prensa. Dadas estas circunstancias, en este proceso no podía desdeñarse el reparo que la institución universitaria de aquel momento, todavía en manos conservadoras —cuando no propiamente franquistas—, despertaba y, así, entorpecía, de forma velada pero efectiva, el desarrollo de esta disciplina, en especial habida cuenta de las ideas y, en algún caso, de la militancia de algunos jóvenes profesores en la izquierda más radical. Todo ello se fue superando gracias al buen hacer de los antropólogos y a la democratización de las instituciones estatales, universitarias y autonómicas, que a la Universidad tardó más tiempo en llegar, hasta la puesta en marcha de la Ley de Reforma Universitaria de 25 de agosto de 1983, de la mano del Gobierno socialista de Felipe González³.

En todo este proceso, la figura del doctor Esteva Fabregat desempeñó sin duda un decisivo papel sobre el que «Lisón escribió que “a puro de tenacidad, ha logrado la institucionalización de la disciplina”, y al que cabría aplicarle por ello (al modo angloamericano) el calificativo de “padre de la antropología española”, fue el principal promotor de esta Escuela [de Estudios Antropológicos]» (Caravantes, 1985: 336). Aunque esta afirmación es indubitable, la paternidad de un hecho de tal relevancia social y académica no puede atribuirse a una sola persona. Así, tras el paso por la Escuela de Estudios Antropológicos, algunos de quienes allí se forma-

³ Ley Orgánica de Reforma Universitaria, que perdió el carácter de orgánica según sentencia del Tribunal Constitucional número 26/1987, de 27 de febrero.

ron se incardinaron en diferentes universidades, en los huecos y rendijas que permitía el sistema universitario.

De esta forma, en la década de 1970 se fueron creando núcleos, a veces de un solo miembro, que constituyeron las primeras institucionalizaciones de la antropología en la Universidad española. En la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid, bajo el paraguas de los estudios americanistas, destacó el doctor Alcina Franch y, de alguna manera, el doctor Ballesteros Gaibrois; en el ámbito de la sociología, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la misma universidad, impulsó estos estudios el doctor Lisón Tolosana; en la Facultad de Psicología enseñaban los doctores Sencillo Ramírez de Pineda, S.I., José Luis García García y Honorio Velasco; en la Universidad de Barcelona, al amparo de la Cátedra de Etnología, primero, y de Antropología Cultural, después, que ostentaba el propio Esteva Fabregat, ejercían la docencia como titulares las profesoras Josefina Roma y María Jesús Buxó Rey; en la Universidad de Sevilla se desarrolló esta disciplina al amparo de las enseñanzas de Historia de América Prehispánica y Arqueología Americana, que encabezaba el doctor Jiménez Núñez y que, tras constituirse en departamento, consiguió liberarse de la no siempre comprensiva actitud de algunos profesores del Departamento de Historia de América y se encargaron de las enseñanzas de Etnología y de Etnología de la Península Ibérica los doctores Moreno Navarro y Sanchiz Ochoa, que contaban con titulaciones análogas, pero no exactamente de Antropología Social o Cultural.

A estos tres primeros núcleos se fueron uniendo los de la Universidad Autónoma de Barcelona, donde ejercía Ramón Valdés del Toro, la Universidad Autónoma de Madrid, en la que el catedrático de Filosofía, el doctor París Amador, facilitó la entrada en esta disciplina a Ubaldo Martínez Veiga, que había estudiado Antropología en Estados Unidos, y los de las universidades de La Laguna, el País Vasco y Oviedo, donde se había formado Valdés, quien luego se trasladó a la Autónoma de Barcelona. Cabe añadir la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona, la de Santiago de Compostela y la de Valencia. Muchos de estos profesores e investigadores, que provenían de formaciones diversas, como Filosofía, Historia

de América, Psicología, Etnología, Derecho Político e incluso Estudios Eclesiásticos, habían cursado estudios de Antropología en universidades del Reino Unido, Estados Unidos, Francia o Alemania, entre otros países, y fueron ocupando puestos en ámbitos semejantes de estas universidades hasta que se reconoció oficialmente el Área de Conocimiento de Antropología Social y esta se incorporó a los planes de estudios de distintas carreras universitarias.

Gracias a la reforma universitaria que impulsó el ministro del Gobierno socialista José María Maravall (1982-1988), se establecieron las áreas de conocimiento, lo que conllevó la eliminación de cátedras y titularidades un tanto peregrinas, acomodadas muchas veces al candidato más que al conocimiento científico. Con esta ley se instituyó un elenco de áreas que recogían los ámbitos universalmente aceptados, entre las que se incluyó la de Antropología Social, según la terminología inglesa, en perjuicio de la americana. Estas se constituyeron en departamentos, que transformaban el viejo sistema de la cátedra como unidad administrativa y docente. Así ocurrió con los profesores numerarios de Antropología, Antropología Cultural, Etnología, Antropología Filosófica, Antropología Social, Etnología y Prehistoria, y también los de Historia de América Prehispánica y Arqueología Americana⁴.

Pero la consolidación de la antropología social como disciplina académica en el sistema universitario español tomó forma en 1984 como consecuencia de la convocatoria de plazas de profesores titulares de universidad en esta especialidad con la denominación de Antropología Social⁵. Para la realización de estas originales pruebas de acceso a la universidad, se convocaron comisiones formadas por siete miembros del área o de áreas afines, quienes debían examinar los méritos de los candidatos y sin que fuera necesaria su presencia en los actos. Establecía asimismo la norma según la cual las comisiones debían reunirse en la universidad a

4 Real Decreto 1888/1984, de 26 de septiembre, por el que se regulan los concursos para la provisión de plazas de los cuerpos docentes universitarios (Boletín Oficial del Estado 257/1984 de 16 de octubre de 1984).

5 «ORDEN de 7 de febrero de 1984 por la que se convocan y establecen las condiciones de realización de las pruebas de idoneidad previstas en la Ley Orgánica de Reforma Universitaria para el acceso a la categoría de Profesor titular de Universidad y de Profesor titular de Escuela Universitaria» (BOE, núm. 40, de 16 de febrero de 1984).

la que perteneciera el presidente de la comisión. Para tal ocasión, debido a que el profesor Ramón Valdés del Toro, de la Universidad Autónoma de Barcelona, ostentaba dicho puesto, allí se enviaron los gruesos cartapacios con los méritos y publicaciones de los concursantes. Componían la comisión los catedráticos de universidad, el ya citado Valdés del Toro y Carmelo Lisón Tolosana, del Área de Antropología Social o Cultural, y Jesús Arellano Catalán y Carlos París Amador, del Área de Filosofía, así como los profesores titulares de Antropología o Etnología Josefina Roma Riu, Ubaldo Martínez Veiga y Luis Álvarez Munárriz. De la importancia de esta convocatoria da idea que solo tres o cuatro profesores de la comisión eran funcionarios docentes a los que se había reconocido su solvencia en antropología por algún tribunal; el resto eran de filosofía, disciplina en la que se habían iniciado antes de llegar a la antropología, salvo el grupo de Sevilla, que provenía de los estudios de historia y etnología de América.

Tras convocarse las pruebas de idoneidad, concurrimos y conseguimos plaza de profesor titular de universidad en el Área de Conocimiento de Antropología Social los profesores y profesoras⁶ siguientes: María Cátedra Tomás; María Dolores Comas D' Argemir Cendra, Jesús Contreras Hernández, Josefa Cuco Giner, Marie José Devillard Desroches, Juan Frigolé Reixach; Alberto Galván Tudela, Manuel García Sánchez, Marcial Gondar Portasany, Aurora González Echevarría, Manuel Gutiérrez Estévez, María Dolores Juliano Corregido, Joan Prat Caros, Daniela Provan-saí Félix, Juan Pujadas Muñoz, Salvador Rodríguez Becerra, Teresa San Román Espinosa, Secundino Valladares Fernández, María Teresa Valle Murga y, tras la presentación de sendos recursos que se resolvieron favorablemente, se incorporaron José María Comelles, Jesús Azcona y Manuel de la Fuente, que murió accidentalmente en Marruecos, y quizás alguno más que no recuerdo. Posteriormente se unieron al cuerpo de profesores titulares de universidad en el Área de Antropología Social media docena más que ya tenían esta condición con titulaciones diversas y que se reconocieron como análogas a la antropología social, y que llegaron a consti-

6 «RESOLUCION de 3 de diciembre de 1984, de la Secretaria de Estado de Universidades e Investigación por la que nombra Profesores titulares de Universidad a los señores que se citan, en virtud de pruebas de idoneidad en el área de "Antropología Social"» (BOE, núm. 312, de diciembre 1984).

tuir en líneas generales el plantel de la antropología en las universidades españolas durante los últimos decenios.

Un caso aparte lo constituyen las figuras de José Miguel de Barandiarán y Julio Caro Baroja. El primero quedó ligado exclusivamente al País Vasco y el segundo, que, aunque poco hizo por la institucionalización formal de la antropología cultural o social, estuvo vinculado toda su vida al Departamento de Dialectología y Tradiciones Populares del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) de Madrid. Caro Baroja ejerció un magisterio indudable entre muchos de los que terminamos siendo profesores universitarios de esta disciplina o investigadores que, aunque no se han profesionalizado ni alcanzado un nivel teórico adecuado, comúnmente se denominan etnógrafos y han hecho aportaciones, sobre todo, de ámbito local. La influencia de este maestro ha sido remarcable en al área vasco-navarra, donde también surgieron profesionales universitarios de esta disciplina en las universidades de estas comunidades autónomas y en centros de investigación o institutos provinciales o autonómicos. Personalmente, reconozco la influencia de Caro en mi orientación antropológica, tanto en la temática como en la consideración de las relaciones entre la antropología y la historia⁷.

En la revista *Ethnica*, del CSIC de Barcelona, que el profesor Esteva fundó y dirigió hasta su desaparición, publiqué uno de mis primeros artículos en los que inicié mis primeras investigaciones sobre un tema que me acompañaría gran parte de mi vida, los exvotos y promesas (Rodríguez, 1982). Estoy orgulloso de haber sido testigo y partícipe de la implantación institucional de esta disciplina, que tanto tiene que aportar al conocimiento de nuestro país y que en ocasiones ha dado sostén teórico a la identificación de los diversos pueblos que conforman España, como ocurrió en Andalucía con la revista *Demófilo*⁸.

7 En el libro Homenaje a Julio Caro Baroja, donde figuran numerosos intelectuales españoles y extranjeros, publiqué uno de mis primeros trabajos, que titulé «Las fiestas populares: perspectivas socio-antropológicas», siguiendo la huella de su trilogía sobre las fiestas: El carnaval, La estación del amor y El estío festivo, en cuya dedicatoria escribí: «A Julio Caro Baroja, pionero de la investigación antropológica en la España contemporánea», texto con el que sigo estando de acuerdo (Rodríguez Becerra, 1978: 915).

8 Esta revista, que empezó denominándose El folk-lore andaluz, de la que fui fundador y director, recibió el Premio Olavidia, otorgado por el Seminario de Historia y Cultura Tradicional Margarita Folmerín, de Guarromán, y pasó a llamarse Demófilo. Revista de cultura tradicional de Andalucía

En conclusión, la participación de Claudio Esteva fue decisiva en los primeros tiempos con la creación de la Escuela de Estudios Antropológicos. Pero más tarde, gracias al entusiasmo y tesón de sus jóvenes egresados, fueron estos quienes, en un mundo universitario hostil al cambio, como era el de las humanidades y las ciencias sociales, se abrieron camino aprovechando los resquicios del sistema y consiguieron implantar esta disciplina en algunas universidades españolas. Fue el caso, en un primer momento, de la Universidad Complutense y la Autónoma, ambas de Madrid, y la Central de Barcelona; y, luego, de la Autónoma de Barcelona, la de Tarragona, la de Sevilla y, finalmente, la de Granada⁹. En esta segunda fase destacó el papel fundamental desempeñado por los profesores Alfredo Jiménez en Sevilla, Carmelo Lisón Tolosana y José Alcina en Madrid y el propio Claudio Esteva en Barcelona, como ya hemos indicado.

en 1999 por su énfasis en la cultura popular de Andalucía. También recibió el Premio Nacional de Folclore Agapito Marazuela en 2001, que otorga la Ronda Segoviana.

⁹ Según datos de 2018, existen departamentos de antropología con más de veinte profesores en la Universidad de Sevilla, con más de diez en la de Granada y la sevillana Pablo de Olavide, y con menos de cinco en las restantes universidades andaluzas.

Bibliografía

- CARAVANTES, C. 1985. «A los veinte años de la fundación de la Escuela de Estudios Antropológicos: el ‘Renacimiento’ de la antropología española», *Revista Española de Antropología Americana* XV: 335-337. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Recuperado de <<https://revistas.ucm.es/index.php/REAA/article/view/REAA8585110323A/25010>>.
- ESTEVA, C. 1965. *Función y funcionalismo en las ciencias sociales*. Madrid: CSIC.
- JIMÉNEZ, A. (ed.) 1975. *Primera reunión de antropólogos españoles*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- MARTÍNEZ, U. 2016 «Los felices años de un aprendiz de antropólogo», (*Con textos*. *Revista d'Antropologia i Investigació Social*, 6: 55-73. Barcelona: Universidad de Barcelona. Recuperado de <<http://revistes.ub.edu/index.php/contextos/article/view/15321>>.
- NOGUÉS, A. M. / CHECA, F. (coords.) 2011. *La cultura sentida. Homenaje al profesor Salvador Rodríguez Becerra*. Sevilla: Signatura Ediciones.
- ORTIZ, C. 1994. «Escuela de Estudios Antropológicos. Madrid (1965-1968)», *Diccionario histórico de la antropología española*. Madrid: CSIC.
- PRAT, J. (dir. y coord.) 2004. *Antropología y etnología*, vol. 2 de *Las ciencias sociales en España. Historia inmediata, crítica y perspectivas*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- PRAT, J. 2012. «A Ramón Valdés, *in memoriam*», *Perifèria. Revista de Recerca i Formació en Antropologia* XVII(1): 1-7. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona. Recuperado de <revistes.uab.cat/periferia>.
- RODRÍGUEZ, S. 1978. «Las fiestas populares: perspectivas socio-antropológicas», *Homenaje a Julio Caro Baroja*. Madrid: CSIC, 915-929.
- RODRÍGUEZ, S. 1981. «Noviazgo y ritual de boda en Gistaín (Huesca). Anotaciones etnográficas», *I Congreso de Aragón de Etnología y Antropología*. Zaragoza: Diputación Provincial, 203-208. Recuperado de <<http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/10/56/18rodriguez.pdf>>.
- RODRÍGUEZ, S. 1982. «La curación milagrosa. Enseñanza de los exvotos de Andalucía», *Ethnica* 18(1): 125-137. Barcelona: CSIC.
- RODRÍGUEZ, S. 2002. «La Revista *Demófilo* y la antropología cultural en Andalucía», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* LVII: 163-194.

Madrid: CSIC. Recuperado de <<http://rdtp.revistas.csic.es/index.php/rdtp/article/view/199/200>>.

RODRÍGUEZ, S. 2006. «Julio Caro Baroja y Andalucía. Reflexiones sobre su vida y obra en esta comunidad», *Revista de Historiografía* 4: 46-56. Madrid: Instituto de Historiografía Julio Caro Baroja.